C U A D E R N O S

DE

ÁGORA



Números 71-72 Setiembre-octubre 1962

COLABORAN.—Mercedes Agulló, Vicente Aleixandre, Elena Andrés, Leopoldo Ayala, Diego Bautista, Bertolt Brecht, Carlos Bousoño, Francisco Brines, Jorge Campos, Alfonso Canales, Joaquín Caro, Juan José Cuadros, Antonio Gala, Santos García, Arturo Guzmán, Tomás de Iriarte, Manuel Mantero, María Isabel Paraíso, Emilio Prados, Enrique de Rivas, Marina Romero, Carlos Santa Ana, Helen Wohl Patterson.

"Telón de Ágora" por Medardo Fraile. "Notas críticas" de Manuel Mantero, Julia Uceda, Joaquín Caro Romero y Francisco Umbral.

SUMARIO

Páginas

EMILIO PRADOS, NIÑO DE MÁLAGA, *Vicente Aleixandre* 3
PAZ CON PAZ, *Emilio Prados* 6
CONFESIÓN DE UN HIJO DE ESTE SIGLO, *Carlos Bousoño* 8
UNO DE ELLOS HABLA DE MIGUEL, *Alfonso Canales* 10
LA ACCIÓN DE GRACIAS, *Manuel Mantero* 12
HERMANO ÁRBOL, *Marina Romero* 14
EL GUERRERO, *Antonio Gala* 16
LLUVIA, *Elena Andrés* 18
MADRE ESPAÑA, *Halen Wohl Patterson* 19
SALISTE A LA TERRAZA, *Francisco Brines* 20
LA CIUDAD, *Mercedes Agulló* 22
LOS PUENTES, *Joaquín Caro Romero* 24
EL ASEDIO, *Juan José Cuadros* 26
ESCONDIDO AMOR, *María Isabel Paraíso* 28
VOZ DE POETA, *Enrique de Rivas* 29
EMILIO PRADOS (facsímil) 32
Fotografía 33
ARTE POÉTICA, *Emilio Prados* 34
...Pasan a nuestra lengua la extranjera (LOPE DE VEGA):
DEL POBRE B. B., *Bertold Brecht* 36
...Y escucho con mis ojos a los muertos (QUEVEDO):
EL RÍO TAJO, UNA FUENTE Y UN ARROYO. LA RANA Y EL RENACUAJO, *Tomás de Iriarte* ... 38
COBALTO (cuento), *Jorge Campos* 40
NICOLE, *Leopoldo Ayala* 43
POEMA Y ASEPSIA, *Arturo Guzmán* y *Carlos Santa Ana* 45
SEGUID LA BÚSQUEDA, *Diego Bautista* 46
BRÚJULA HERIDA, *Santos García* 47
TELÓN DE ÁGORA, *Medardo Fraile* 48
VICENTE ALEIXANDRE ANTE EL PROCESO DE LO REAL, *Manuel Mantero* 51
CRÍTICA DE LIBROS, *Manuel Mantero, Julia Uceda, Joaquín Caro Romero* y *Francisco Umbral.* 54

Toda la correspondencia a

CONCHA LAGOS

José Antonio, 31 - Madrid

Teléfs. 247 06 83 y 222 89 70

C U A D E R N O S

DE

ÁGORA



Números 71-72 Setiembre-octubre 1962

EDITA
CONCHA LAGOS

Director: EMILIO GONZÁLEZ NAVARRO
Subdirector: MEDARDO FRAILE

CONSEJO DE REDACCION

GERARDO DIEGO
JOSÉ GARCÍA NIETO
JOSÉ HIERRO
JORGE CAMPOS

Depósito legal: M. 3170.—1958.

GRÁFICAS ORBE, S. L.—Padilla, 82.

EMILIO PRADOS, NIÑO DE MALAGA

DESDE el número 6 de la antigua Alameda Carlos Haes (hoy calle Córdoba) a la calle Granada, el camino era corto. No había más que tomar la calle Nueva, atravesar la plaza de la Constitución y entrar por la vía de enfrente: calle Granada. Esta es una calle larga, variada, y parece caprichosa hasta que por entre algunas casas malagueñas de los siglos XVI a XVIII—tiestos de hoy en rejas y balcones—, se decide por fin a desembocar alegremente en la abierta plaza de la Merced. No era tan largo el camino que el niño recorría cada mañana. Porque el colegio de don Ventura estaba muy al principio de la calle Granada, donde precisamente hace su primer recodo, cuando aún tiene un aire comercial y exterior, del que pronto se desprende para juntar sus paredes y apretar el viento fino que ha de tocar sus piedras nobles, sus nobles hierros, sus flores, su perfume.

El colegio de don Ventura estaba al fin de la bulliciosa primera parte. Don Ventura—don Ventura Barranco Bosch: tupé levantado, cejas amenazadoras, bigotes a lo Kaiser..., ojos desmentidores de tanta fiereza y mejillas plácidamente redondas bajo los ojos—; don Ventura esperaba a los niños, de pie, desde unos minutos antes de las nueve, ya con el puntero en la mano, bajo el gran hule estampado de su España de colorines.

Yo llegaba cada mañana y me sentaba a mi pupitre, entre los otros niños. ¡Los otros niños! ¿Dónde estarán aquellos otros niños, quiénes serán hoy aquellos otros niños? Sólo recuerdo un nombre, prendido al azar en mi oído todavía. Y aparte, un niño, que sé dónde está, quién fué, quién es: Emilio Prados.

En 1926, yo empezaba a dar mis versos en algunas revistas. El director de *Litoral,* la revista juvenil malagueña de poesía, me escribía una carta ofreciéndome su publicación fraternalmente. Me llamaba de usted; no nos conocíamos; y firmaba: «Emilio Prados». Nada. Yo, ausente de Málaga desde mis once años, no recordaba nada. Pero cuando en carta dije: «Ahí viví mi niñez», el «director» resucitó mi infancia toda escribiendo: «¿Eres quizá tú aquel niño rubio, con «babero» de «mallorquín» a rayas blancas y azules, que en el colegio de don Ventura...?» Yo era el de las rayas blancas y azules (¡qué colores marinos!), que con una masa de recuerdos rompía como una ola súbita sobre mi pecho. De aquella ola se alzó un rostro, el de un niño que emergía sonriente entre la espuma: Emilio.

No era muy alto. Tenía unos ojos reidores, flechadores del bien, y un pelo negrísimo. Yo iba a recogerle a su casa algunas mañanas, de paso para el colegio. Al salir por la tarde, cruzábamos la plaza de la Constitución (hasta muy poco hace, estaban allí los letreros mágicos: «Escamilla: Zapatero», «Cotilla: Dentista») y penetrábamos en la calle Larios. Allí tenía el padre de Emilio aquel gran almacén de muebles ornato de la ciudad, cuyos escaparates profundos me trajeron las primeras imágenes de lo misterioso. ¡Aquellos comedores deshabitados, aquellas suntuosas alcobas vacías, con su lámpara encendida sobre una mesa, para algún hada!

Sí, un niño alegre era lo que yo recogía cada mañana. Un niño a veces tan alegre y bullicioso que parecía todo él una canción. Una canción fresquísima que sonase con espuma inmediata y estuviese al mismo tiempo absolviendo a los oídos ingratos que le escuchaban. Los otros niños eran el oleaje que arrasa sin piedad y sin malicia. Pero él flotaba cariñosamente, muy mezclado con todos, muy sometido, para romper en la orilla y levantarse gozosamente, para echarse de nuevo al agua, que a veces le despedía haciéndole rodar por las pedrezuelas lastimadoras. Pero él estaría siempre dispuesto a jugar a lo que los demás quisieran. Protegía a los más pequeños (¡él, que tenía diez años!) y su propia presencia parecía disculparle de sí mismo entre los mayores. He dicho canción fresca, pero le veo también mudo, como si él fuese su propia voz extinguida, aterido (¿qué es lo que le había rozado?) en medio de los

gritadores. Tenía inmensamente vivo el sentido de la justicia, y más todavía: allí, en su figura infantil, en aquellos ojos humildes y con luz, vi yo por primera vez la vislumbre instantánea del rayo dulce y largo de la misericordia.

Pero era pícaro para la broma, y burlón, y a veces desaparecía escapando entre un rumor de ramas frescas y unos brillos de frutos inocentes.

Todo esto lo evocaba yo, al recibir su carta, veinte años después... Cuando fuí a mi ciudad, exactamente en 1929, yo iba a encajar aquel rostro de niño, levantado de la onda antigua y estrelladora, en el nuevo Emilio Prados, mi compañero en la poesía, mi viejo amigo de la niñez, en las costas de nuestra Málaga.

Recuerdo cómo rápidamente se superpusieron las dos figuras y cómo el niño puso su rostro en el rostro del hombre; mejor dicho, cómo, al bajarme del tren, en el rostro del hombre que se adelantaba se asomó haciéndome gestos, riendo, gritando, casi burlándose, el rostro puro del niño que reconocí plenamente. Casi me pareció escuchar, con naturalidad, con sueño, con verdad creída: «No, no; esta mañana te has retrasado en venir a recogerme.»



VICENTE ALEIXANDRE

«PAZ CON PAZ»

Para Jacinta Sánchez.

PAZ con paz, guerra con guerra:
así comencé a jugar
a mi vida verdadera.

Nunca jugué con la muerte,
ni en la guerra ni en la paz;
jugué por ver mi palabra
desnuda en la soledad.

Y sola está, sola vive,
sola ganó su partida;
pero, al ganarla, en mi sangre
dejó guerra y paz cautivas.

Ella vive y sola vuela...
Su cuerpo no me precisa
porque en sí misma me lleva.

Pero la guerra y la paz
que dentro de mí dejó
vuelven de nuevo a jugar.

No me entristezco. ¡Así vivo!
Lucho con mi propia sangre:
guerra y paz que van conmigo.

Muero a veces. Me levanto,
mato a mi muerte y me voy,
y cuando me voy, la canto.

Y, al cantar, la soledad
otra vez se va conmigo,
en lo que cantando está.

Vuelvo a mirarme. ¿Quién vive?
Y otra vez siento en la paz
la guerra que me persigue.
Si acabo mi guerra, acabo
conmigo mismo, y sin paz.

Soy padre, madre y hermano
de mi palabra al cantar:
sangre que vivo y que mato.



EMILIO PRADOS

CONFESION DE UN HIJO DE ESTE SIGLO

Homenaje a Rafael Alberti.

BAJO el espacio en crudo y en un tiempo situado,
un hombre limitado a la estricta injusticia,
a las cuatro paredes de un orden aplazado
que finge la esperanza y borra la malicia,

os dice como estuvo, yerto como la piedra,
cierto como el camino, seguro como un muerto.
Hambriento como el ábrego que entre la noche medra
hacia el espanto mudo o hacia el futuro yerto.

Aquí está como un nudo de agentes imposibles,
de rotas esperanzas, de oscuras soledades,
de yertas, disfrazadas, negadas, impasibles,
menesterosas lunas o mentidas verdades.

Amó lo que él amaba. Lo que podía, pudo.
Y en la esperanza puesto, amaneció asombrado
de todo lo que un día miró en el aire mudo
a la luz de la luna que había fabricado.

Horrible es el espacio de luces superpuestas
y más negro el abismo que un Dios mueve al acaso.
Gira la feria cauta sobre rotas ballestas
y sobre rotas lunas hay un vencido caso.

No sé lo que diríais bajo el perdido lodo,
bajo el oscuro acento de un profeta sin día,
cuando todo lo puede el amarillo Todo
y todo lo completa la más necia alegría.

Dejad que se os acerquen las turbas espantadas,
las negras catedrales y el viejo de la esquina.
Bajo las alas yertas hay magnolias regadas
cuando las horas mueren en toda la marina.

Azules de entusiasmo alzad a los vencidos.
Somos los portadores del más horrible caso.
Vocead a los vientos que estábamos perdidos
y nos salvó el anuncio de un general fracaso.

Horrible es la alegría alzada a Ministerio,
pero peor la muerte que viene de la aurora.
Yo no sé manejarme entre tanto misterio,
que si la muerte blanca, que si la luz que llora...

Y aquí solos, altivos, temerosos, sumados
como las cuentas tristes de un tranviario en apuros,
parecemos un cuento de asesinos delgados,
asesinados tristes en los más tristes muros.

Dejadme al fin, paciencia del alentar. Decías
que renovara el viento todas las madrugadas.
El viento no pasaba más que cada dos días
en severos tranvías de puertas aplastadas.



CARLOS BOUSOÑO

UNO DE ELLOS HABLA DE MIGUEL

EN la fragua del Cielo forjaron bien un arma
inigualable, un puro destello de impasible
verdad. La diestra mano del arcángel guerrero
la templó en los fulgores del Altísimo. Filo
tan contumaz no hubieron las alturas. Aguja
para enlazar los soles. Irresistible yugo
de planetas fugaces. Martillo de las tenues
nebulosas.

Un día Miguel la asió. «Me basta»,
dijo. Y los escabeles de Dios la vieron viva.
Era una lengua viva que pronunciaba el Verbo
inacabable. «Digo verdad—decía—. Digo
verdad a fuego: viva verdad que en fuego luce,
y látigo de luces, gato de siete colas.»

Luzbel era aún Legión: se crecía mirándose
en el sublime espejo. «Yo sí que soy a imagen
y parecer.» Amaba al Hombre como a un hijo
de su soberbia: «Un día, El lo hará de esta hechura,
de este tenaz relámpago imponderable. Soy
el hijo de Dios vivo. Tendré mi descendencia.»

Entretanto Miguel, vencido ante su propio
hierro, daba sus fuerzas en humildad y canto:
«Santo, Santo: Tú eres—y daba las espaldas
a otras figuraciones—el Dios de los Ejércitos.»

Brotó el magno combate como una hierba arisca
del Empíreo. Un callado roce de enormes alas

se adunó en las esferas. Miguel no soportaba
tal ejercicio infame. Se alzó: tuvo que hacerlo
(Luzbel le culpa todavía), tuvo
un gesto de acendrada caridad. «No es posible
resistir por más tiempo, por más eternidades.»
Le apuntó: «¿Tú qué piensas de Todo? ¿Tú qué piensas
de Nada?» La palabra se había desvelado
por un momento. «Nada seré; que no me crean
—pensó Luzbel—: no hay modo de oposición más firme.»
Y huyó (no lo arrojaron) hacia el abismo hondo.



ALFONSO CANALES

LA ACCION DE GRACIAS

AQUELLA tarde
lo supo.
«Cáncer». El médico,
con mano solidaria, lo retuvo
del brazo unos segundos al marcharse.
Salió a la calle, cálido, seguro.

Ya en su casa, explicó a su esposa
lo irremediable de su mal, el justo
plazo que le quedaba de vivir.
Dijo adiós a los suyos,
y fué a cumplir el caro débito,
fugaz caudillo de su tiempo único.

Buscó en Toledo el sitio donde un día,
cara a cara, miró los ojos húmedos
de Dios surgiendo de un amanecer
violeta sobre el Tajo, y allí puso
un búcaro, unas flores,
y con agua del Tajo llenó el búcaro.

En Cádiz, en la playa
donde una noche caminó sin rumbo
loco de paz y música
hasta encontrar su verso y su futuro,
depositó en la arena el viejo lápiz
con el que quiso desvelar el mundo,
verso inicial temblando como el vuelo
de un espontáneo arcángel inmaduro.

Ante el cancel de un patio de Sevilla
—allí besó por vez primera y pudo
abrir en brillos una ardida carne—,
sonrió, e introdujo
su libro más amado (¡oh Bécquer!), entre
los hierros del cancel oscuro.

Estrelló contra el techo de un tranvía
de Madrid un racimo de uvas: zumo
llovido, gotas que bebió en memoria
de cierto instante mágico y difuso;
todos cantaban—recordó—y bebían
a la salud anónima de alguno,
mientras iba el tranvía
en la mañana hermosa, dando tumbos
de gloria y alma vareándose
con luz de sol y miel de júbilo.

En Barcelona,
escribió sobre el muro
de un antro de placer,
dos nombres juntos,
el suyo y el de aquella prostituta
que hizo cielo del suelo, amor del uso.

Con esto,
habiendo ya ofrecido a Dios los puros
dones que le debiera por las dichas
más altas, regresó a los suyos,
la pistola pidió y dejó la vida,
como quien deja la cosecha a punto.

MANUEL MANTERO

HERMANO ARBOL

HERMANO árbol,
yo te he visto crecer
día tras día,
testigo de mi luz
y de mi sombra
por el claro lucir de mi ventana.
Te he visto
recamarte de rocío
bajo la paz
de la mañana nueva,
y humillar tu cerviz
al terco viento
de un abril
en urgencias encendido.
Te he visto
en largo juego
madurado de sol
temblar a la caricia
del audaz petirrojo,
y al yerto cosquilleo
de la nerviosa ardilla.
Ayer te vi vencido
bajo el peso de blanco escalofrío.
Todavía es otoño
y ya la nieve
te besa en prematuro coqueteo.
Pronto te quedarás
desnudo de opulencia,
añorante de ocres,
como los que comparten contigo

el blando suelo
del prado verde
que te acoge el alma.
Te he tomado cariño,
árbol amigo,
siempre a la par
de mi mirada al cielo.
Pero...
¿dónde aquel pino
tan solo en la ribera,
aquel pino de sombra
alta y enjuta,
aquel pino de savia
en tierra roja,
tan solo,
aquel pino de mi tierra?



MARINA ROMERO

EL GUERRERO

DURA fué la batalla.
El guerrero, rendido y olvidado,
siente el sudor humedecerle el pecho:
es toda su armadura.
¿Se oye un canto?
(Recuerda que otras veces, otras noches,
en voz más baja lo ha escuchado.
Es un olor de vida nueva
y de trigo recién segado,
un sabor de palabra húmeda
callada al borde del verano.)

La noche se retira, fatigada de ver,
con los astros al hombro. Un verde claro
despierta por el monte.
¿Es esto el fin? ¿Acaso
puede ser esto el fin, terminar todo
fácilmente, como un cuento inventado?

Sobre el cuerpo tendido
amanece despacio.
(¿O no amanece y es
que alguien lo está soñando?
¿O no existen las luces ni las sombras
sino la indiferencia de este campo?)

Las manos han perdido ya sus dedos,
y los brazos, las manos.
Los hombros que irguieron la victoria
se rinden desalados.

¿Y el corazón? ¿Quién pudo extraviar
un corazón? ¿Se cansa tanto
un cuerpo de hombre...?
El hombre,
no sabe bien si preso o rescatado,
mira el sudor crecerle sobre el pecho
como una yerba sobre un prado.
(Esa es toda la yerba de este mundo:
las manos se han extraviado.)
No le crecieron alas. No.
No le crecieron alas. Sin embargo
mira todo y se ve. Oye todo y se escucha.
Le tiembla la garganta con el aire del álamo.

Esto es así. Esto era así. No supo.
De repente se vuelve hacia un costado
y apasionadamente aprieta, por si es tiempo,
con su boca la boca del contrario.



ANTONIO GALA

LLUVIA

A Jacques Comincioli.

LOS ojos horadando la tarima, los labios
apurando los humos del tiempo más preciso;
las yemas de los dedos amortajando telas
de quietud, respirando.

Un aletazo rompe los cristales del viento,
Una libertad pura desde arriba se vuelca,
sorprendiendo los átomos en sus trajines cómplices,
asustando sustancias flotantes, derribando
carnavales del polvo.

Todo el verdor se tensa,
hay acaso un lejano recuerdo en estas plantas
de que fueron reptiles
(superficies vibrantes de tensas carnes verdes
con secretos malignos),
hoy verdes salvadores de inmóviles edenes.

La lluvia. Van cayendo hojas de nuestra carne,
hojas de nuestro libro más oculto, miramos
cómo las lleva el viento, se alejan casi vivas.
Van dejando desnudo el corazón, los ojos
van perdiendo en silencio sus ocultos paisajes.
Ya el esqueleto solo, un marfil de energía
fosforescente y única.
La huella de una mano clavada en la pared.

Darmstadt, septiembre de 1961.

ELENA ANDRÉS

MADRE ESPAÑA

DEBIDO a la perversidad humana
mis padres se encontraron por porfía
como inmigrantes jóvenes, un día,
en nueva tierra norteamericana.

En Nueva York—«La Cosmopolitana»—
allá nací, de ahí la creencia mía
que el Nuevo Mundo encierra la alegría;
la antigüedad en sí, ya cosa vana.

Miraba yo al futuro, pues la historia
muy poco caso hacía de la gloria,
mas ignoraba lo que hoy me extraña:

De la hija consentida los encantos
ya no parecen grandes ni son tantos
ante el hechizo de la Madre-España.



HELEN WOHL PATTERSON

SALISTE A LA TERRAZA

SALISTE a la terraza
pensando que la brisa de la noche
podría devolverte al que eres siempre.
Mas la tibieza que en tu cuarto había
era un ámbito allí, bajo la calma
de alejadas estrellas.
Olvidar pretendías unas horas
todavía recientes, la penumbra
que acercaba el latido de los dos,
y tus palabras que serenas eran
como si a nadie las dijeses. Viste
la emoción de su rostro, su contorno
quemarse de belleza;
y esas mismas palabras te llenaban
de dolor y de sombra.

De nada te sirvió, cuando quedaste
solo, cegar la luz,
hacer brotar desde un rincón la música,
fortalecer tu fe con su joven pureza.
Sobre tu frente se rompían olas
gigantes: el calor
detenido del día,
el naufragio de un hombre que entregaba
la pasión de su vida en el espectro
doliente de la música (aún
como si la esperanza le alentase),
y te ardía el espíritu
porque sentías declinar tu vida.

Para ser el que fuiste
sales a la terraza, para ver
si un frío súbito derriba pronto
la plenitud del corazón. Tocas
el aire oscuro con los labios, oyes
los gritos fatigados de la calle,
la luminosa altura te estremece.
El tiempo va pasando, no retorna
nada de lo vivido:
el dolor, la alegría, se confunden
en la débil memoria,
después en el olvido son cegados.
Y al dolor agradeces
que se desborde de tu frágil pecho
la firme aceptación de la existencia.



FRANCISCO BRINES

LA CIUDAD

MIRABA la ciudad...
Habrá un arcángel
con las alas plegadas,
un santo lastimando su inocencia,
la mirada de un niño, la pureza
de una muchacha,
el incendiado corazón de un hombre
para purificar de tanto tedio
estas calles con nombres de guerreros,
caballeros y santos;
para librar de su tristeza
—ignorada—la carne de los jóvenes,
para abrir horizontes
a estas pupilas que ahora tienen
por límite su hastío.
Un instante de amor, como la arista
de un diamante, mantiene
en equilibrio tanta luz sin luz;
es suficiente para alzar en vilo
tanto cansancio. Es un milagro
esta ciudad en pie sobre el monótono
runruneo de una piedad cansada,
sobre el andar y desandar la hacienda
de perdidos recuerdos cada día.
Algún agua escondida
limpia esos ojos, lava pura
las manos que se estrechan,
un misterioso viento la estremece
—¿viva está aún?—,
de vez en cuando lanza

su poderosa voz, y un hombre pone
su corazón desnudo al descubierto.
Después todo recobra el viejo paso,
suena el agua de siempre, rompe idéntica
la luz sobre los muros de las casas,
se desmorona poco a poco el arco
bellísimo, se cubren
una vez más las tapias con el musgo
nuevo, esmeralda, y la ciudad recobra
su aire de hermosa ruina.
Miraba la ciudad...
Tan indefensa,
tan hecha de agobiado cansancio,
tan igual a la vida misma,
tan olvidada de los que pisan su tristeza,
tan desasida y pobre,
tan falsa, con su rostro deformado
por unos niños-viejos,
por unos tristes jóvenes,
por unos viejos infantiles,
por unos hombres de corazón vacío,
tan pura, sostenida por su propia belleza.



MERCEDES AGULLÓ

LOS PUENTES

Para Concha Lagos.

LOS puentes sí separan.
Preguntárselo al río,
que se fué por el agua
y retornó vacío.

Los puentes nada saben
de orillas ni caminos.
Se tienden o bostezan
con gula, fiebre, hastío.

Le dan la espalda al viento,
se tapan los oídos.
Los juncos y las algas
les muerden los tobillos.

Se plantan y no crecen;
ahogan los latidos
de las antiguas fuentes,
de los bronces fundidos.

(Que corran por encima
autobuses y niños,
y por debajo el pez
que el pescador no quiso.)

Los puentes, tan colosos,
tan cómplices del mito,
qué deshumanizados,
sin calor, sin vestigios.

Ay de los puentes rotos.
Ay de los puentes fijos,
que nunca zarpan, que
pretendieron ser istmos.

Yo no sé qué derrota,
qué obstinado delito
disimulan los puentes
más allá de sí mismos.

Ay mis puentes helados,
mis puentes paralíticos,
que heredaron el ceño
de los barcos hundidos...



JOAQUÍN CARO ROMERO

EL ASEDIO

SE acercan.

Descoloridos
estandartes, polvorientos
los rostros, romas las armas,
hartos de caminos, llenos
de esperanza.

Morirán
todos.

De los cuatro vientos
vienen; de los cinco mares
vienen. En el llano han puesto
sus pabellones roídos
por los mastines del cierzo.

Morirán todos. Trizados
quedarán todos.

El tiempo
en su reloj contará
su olvido; sólo los cuervos
recordarán el festín
de su carne.

Sostuvieron
una esperanza, una larga
esperanza. Mantuvieron
su postura.

Morirán
todos y se hará el silencio

oxidado de sus lanzas
y sus escudos.

(El hierro
también muere si la paz
se hace; se apaga el fuego
si el agua acude, aunque sea
agua de llanto.)

Los vemos
venir, acercarse. Acuden
en bandadas. Brillan yelmos
y lorigas.

Morirán
todos.

También moriremos
nosotros y nuestros hijos,
nuestras mujeres y nuestros
amigos. (No quedará
nadie.)

Golpeando el cuero
de los tambores, la muerte
cruzará a caballo.

Vemos
desde las murallas cómo
nos asedian.

Polvorientos
los rostros, los estandartes
maltratados por el viento
del camino, por la arena
del camino, por el fuego
del camino.

Morirán
todos.

Después, un silencio
interminable se hará
sobre sus huesos.

JUAN JOSÉ CUADROS

ESCONDIDO AMOR

HACIA la plenitud.
¡No en este gris tan tímido
de hielo-frente-agua y plaza-risa-ojos!
No en esta lucha sorda, sino hacia la llama,
casi ángeles ya, en delirio de espigas.

La esencia del espliego de ti espero, y pienso
en los minutos rotos, hasta encontrarme en ti;
en las brumas lejanas de futuro y pasado
mientras tú vas llenando de sol todas las cosas.

Es un sueño. Te sueño. Quizá tú eres sólo
esas manos que ríen y esconden su secreto
y se alejan de pronto, y sólo dejan agua,
agua para la voz.

En la piedra te espero, amor, entre la piedra,
casi acero dorado, o nubes, o tú mismo.
Te espero derramada, ya sin tiempo, tan sólo
puerta para la vida.

MARÍA ISABEL PARAÍSO

VOZ DE POETA

(PERFIL Y RECUERDO DE EMILIO PRADOS)

"Estático y secreto", "veletero de aire interior", le llamó Juan Ramón Jiménez. Era entonces sólo el poeta de *Tiempo* y de *Canciones del farero*. Luego fué creciendo, creciendo. Los de su generación no necesitan que se lo presenten. A los nuevos básteles saber, para colocarlo donde corresponde, que Emilio Prados fué de los españoles de quienes se puede decir, con verso de Antonio Machado, "que soñaron un nuevo florecer de España". De ese sueño hizo su vida. Su obra lo atestigua.

Nacido en Málaga en 1899, Málaga lo acompaña toda su vida, en presencia durante su infancia y primera juventud, y en ausencia dolorosamente constante durante el destierro, ya irremediablemente sin fin para él. Transcurren, pues, los primeros veinte años de su vida respirando el aire y la sal del Mediterráneo en la luz de su playa de la Caleta, cuya fotografía amarillenta y desvaída, junto con una concha y una rama de olivo, le acompaña en su habitación casi monacal de la meseta mexicana. Afectado por una grave condición pulmonar, es enviado a Suiza. Allí, en Davosplatz, en la frontera de la muerte que entrevé por primera vez, empieza a escribir poesía. Verdadero desposorio con una amada que no abandonará ya nunca ni por un instante, relación apasionada al amparo de cuya ejemplar fidelidad se forja una poesía en la que Emilio Prados va ahondando para enriquecer a lo largo de los años la imagen cabal e íntegra de poeta y hombre que su muerte, hoy, nos entrega completa.

A su vuelta de Suiza vive en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Pasa después a Alemania, donde estudia en las Universidades de Friburgo y Berlín. De su encuentro con la cultura alemana se queda sobre todo con Hölderlin. Con Rilke también, pues—como me dijo en más de una ocasión—veía una afinidad entre el "ángel" que los andaluces llevan dentro y los ángeles del autor de las *Elegías de Duino*. Desde 1925, con un dinero que le da su padre, funda una imprenta y una revista literaria, *Litoral*. Aparte de lo que significó *Litoral* para la poesía española, la labor de Emilio Prados en relación con esto consiste en haber operado una verdadera renovación de la tipografía en España. De 1925 datan sus dos primeros libros, *Tiempo* y *Canciones del farero,* a los que sigue en 1927 *Vuelta*. Así, a partir de esta fecha, y hasta su muerte, Emilio

Prados, cada vez más abrazado a su poesía, publica un total de 13 libros (1).

En 1939 se cuenta entre los primeros en llegar a México. Su desamparo es total. Pero él, con su maravillosa falta de sentido práctico, le encuentra esta salida: prohija uno de los varios cientos de niños a quienes la generosidad del general Cárdenas, presidente de México, había acogido en Morelia. Emilio le educa, le ayuda a encaminarse, a adquirir un oficio, el de tipógrafo.

En sus primeros años de destierro colabora en una empresa editorial importante: la Editorial Séneca, fundada y dirigida por españoles y mexicanos. A Emilio Prados, en colaboración con Gil Albert, se debe la selección de la parte española de la *Antología Laurel,* la mejor y más representativa que se haya publicado hasta ahora de poesía escrita en castellano. Al mismo tiempo, se rodea de algo esencial para él: los niños. En el Instituto Luis Vives, colegio fundado por los españoles de México, está encargado de mantener la disciplina durante las horas de recreo. Cuando debiera ser severo, lo es, a su modo: les regala caramelos, y a los que ya hacíamos pinitos en las letras, nos regala libros de poesía y nos lleva a ver el atardecer...

No tenían estos paseos a la hora del crepúsculo un mero propósito didáctico. Eran manifestación natural de la manera en que Emilio Prados estaba en la vida. El ser poeta era para él sentirse cedazo por el que había de pasar todo el universo, en comunión esencial con las cosas del mundo, de la vida y de la muerte. "¿Por qué umbral de mi frente / ha nacido el crepúsculo?", dice en uno de sus primeros libros. Y en uno de sus últimos: "Vuelvo a ser mi pensamiento: mi carne intangible vuela / dentro de un pájaro abierto." Se comprende, al leer esto, que su obra no es otra cosa que un trenzar continuo de vida y poesía, de donde resulta una fidelidad que es destino fatal, vocación obligada y total, sin compromisos ni impurezas.

Toda poesía es aventura en lo desconocido, exploración de una tierra ignota. A medida que la aventura progresa, el poeta pasa fronteras, se adentra en bancos de niebla, desvela precipicios. Desde sus primeros versos Emilio Prados vence las fronteras del sueño y de la muerte para adentrarse en una metafísica poética que no tiene rival en la poesía española contemporánea. Las imágenes, los símbolos, en fin, el lenguaje en que se expresa Emilio Prados, sólo pueden ser comprendidos en función de esta metafísica de la que hasta ahora nadie se ha ocupado. Entroncada en las más hondas raíces de la poesía popular española, Emilio Prados la va extrayendo de un fondo infra-religioso, presintiendo la intuición como revelación: "Yo canto mi pensamiento / y el pensamiento no es mío, / sino de quien me lo da." Y este canto surge, no como mera exigencia personal, sino como impulso que viene de más hondo. (¡Canto otra vez! ¡Y Dios siempre naciendo!)

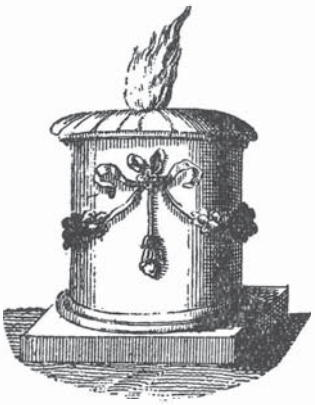
---

(1) *Tiempo,* Málaga, 1925. *Canciones del farero,* Málaga, 1925. *Vuelta,* Málaga, 1927. *Llanto en la sangre,* Valencia, 1937. *Cancionero menor,* Barcelona, 1938. *Memoria del olvido,* México, 1940. *Mínima muerte,* México, 1942. *Jardín cerrado,* México, 1949. *Río natural,* Buenos Aires, 1957. *Circuncisión del sueño,* México, 1957. *La piedra escrita,* México, 1961. *La sombra abierta,* México, 1961. *Los signos del ser,* Madrid-Palma de Mallorca, 1962.

Situada en esta dimensión, su voz de poeta encuentra el timbre justo en una especie de ternura universal que excluye las estridencias de las grandes pasiones emborronadoras. La voz con la que Emilio Prados sostiene su diálogo de solitario con el mundo se afina hasta lograr una transparencia tal que a veces se hace difícil de aferrar. "Blanca es mi voz y oscuro mi silencio", dice Prados. Es decir, el color más pacífico y púdico junto a la noche del silencio por explorar. En este tono y desde la dimensión antedicha hay que buscar el verdadero significado de esta poesía en la que su creador se sintió vivir y nacer para siempre:

Nada tuve ni me llevo.
Cuando me llamaban vivo,
tan sólo estuve escondido
dentro de lo que poseo.

Que vuelva el barco a la mar,
que suba el pájaro al cielo
y mi voz vuelva a cantar.



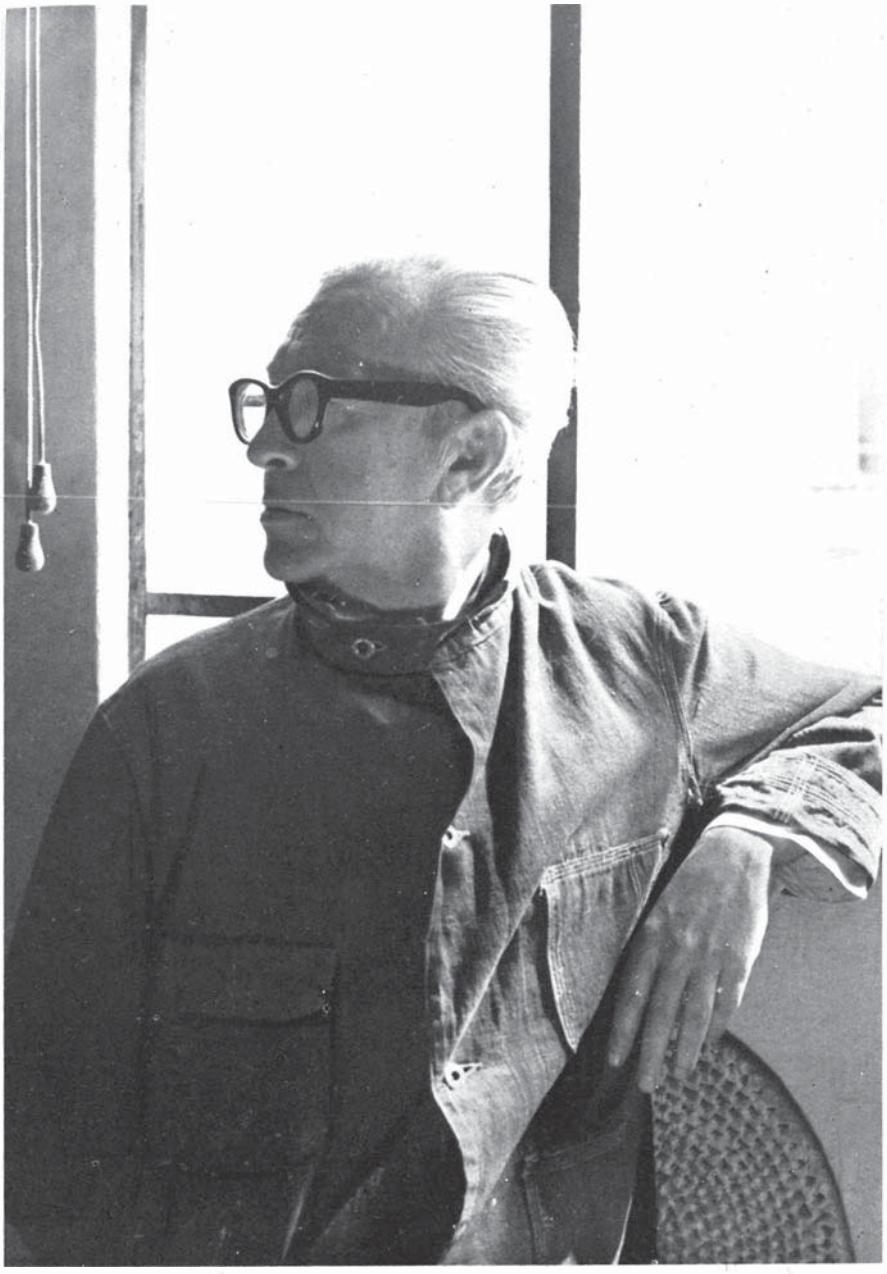
ENRIQUE DE RIVAS

No tengo envidia a la vida
que vive así me duele
pues ni en mi corazón brilla
ni en mi palabra se mueve.
ni soy llama, ni ceniza,
ni leño, ni yerba verde.

Se me desangran los ojos,
- ventanas de mala muerte -
que se me van como ríos
y, como llantos, me vuelven,
sin conocer en mi carne
la tierra que los enciende.

Tengo mis labios resecos
sin luz que los alimente,
sin palabra que los moje,
ni sueño que los recuerde,
manando el mudo gemido
sombra sin voz de mi muerte.

Igual que un traje sin cuerpo
cuelga mi espacio en las sienes
de un hombre que, no es olvido,
ni forma de su presente,
ni manzana del futuro
ni memoria que lo hiere.



EMILIO PRADOS

ARTE POETICA

MIS dos últimos libros... ¡Ojalá le agraden! Y verá en ellos cómo España palpita constante en mí, y me inquieta y da vida. Sin embargo, no estoy contento con mis versos. Su poesía y la de otros poetas de su generación me exige una fuerza de presencia, podía llamarla, que me hacen entrar en nueva crisis, de la que temo que desgraciadamente no salga con bien. Mi edad y la clase de vida que estoy obligado (moralmente) a hacer y mi constante enfermedad me debilitan.

CONOZCO más o menos sus inquietudes, veo en ellas las mías. No olvide a este amigo de cerca de sesenta años, lejano y triste...

MIS pulmones nunca han marchado bien, aunque me hayan llevado *como un castigo* adonde, para mí, fué mi salvación y la sigue siendo. Quiero decir que me sacaron de la ciudad y del círculo tonto de la sociedad en que nací, al campo en donde respiré y entró en mí la Vida, como verá en mi *Río natural,* en plena libertad de entrega verdadera y de responsabilidad amorosa.

ES difícil, muy difícil, que el hombre se cumpla como debe. Aquella naturaleza que conocí y me vive aún desde los doce años era—es—dolorosa; pero al hombre se le figura fácil. Y es lo difícil ese "Antonio Ríos"—¿todos los hombres son Antonio Ríos?—de que hablo en mi poema... Ese hombre que nos devora y por el que se debe uno dejar devorar si quiere ser hombre.

Alcanzada la conciencia de esto, uno se siente responsable de cada momento que no ha sabido abrir, de él hacia los demás y hacia lo otro que vive, no conoce y le reclama.

SU poesía y la del grupo joven de España. ¿Que es testimonial? ¡Claro está! Como lo fué la de Jorge Manrique y como lo ha sido la nuestra (que no hay que pensar si queda o no). La dimos unos de una forma, otros de otra: unos pensando en ellos mismos y creyendo que para ellos mismos, pero aunque se construya un puente por egoísmo, se pasa el río y se lleva a uno hasta la otra orilla, comunicándose. Después ¿quién sabe lo que durará el puente y el agua? Y uno se fué con su palabra *¡propia!* a devorar y dejarse devorar al otro lado de la corriente que tanto le ocupaba.

¿NO le parece que lo más peligroso que puede ocurrirle a la Poesía es que traten de definirla los mismos poetas? ¿Se quiere pisar el terreno de la Filosofía? ¿O el de la Teología? ¿Qué nos han dado ellas que no sintiéramos nosotros, llenos de miedo, desde niños? Por eso hay que contar "nuestro caso": el del hombre que todos construímos, puros o impuros, prácticos o no.

DAR testimonio, ser puentes y más puentes, fluyendo siempre como el río que cruzamos.

NO con tierra de orilla nueva, pero sí con voz de hombre en *tierra, mar* y *cielo,* oigo yo vuestras voces, hoy con más gusto, a este lado del mar—¡no de un arroyo!

EXPUESTO a todos los aires *poéticos* fuí creciendo como pude. Y veo ahora más difícil que nunca defender lo verdadero de la selva feroz en que se mueve y se confunde. ¿Qué palabra nos salvará? Yo no lo sé.

(Los fragmentos transcritos pertenecen a dos cartas de Emilio Prados, fechadas en 1958. Fueron dirigidas a un poeta español.)

EMILIO PRADOS

DEL F

YO, Bertolt Brecht, he nacido en los bosques negros.
Mi madre me trajo a la ciudad
cuando aún estaba en su vientre. Y el frío de los bosques
permanecerá en mí hasta la muerte.

Y vivo en las ciudades de asfalto. Desde mi nacimiento
provisto de los últimos Sacramentos;
de periódicos. Y de tabaco. Y de aguardiente.
Desconfiado y perezoso, y satisfecho pese a todo.

Soy amable con la gente. Me encasqueto
el sombrero elegante cuando hace falta.
Digo: se trata de animales de un olor muy especial.
Y digo: no importa, yo también soy uno de ellos.

En la vacía mecedora por la mañana
me siento, con un par de mujeres,
y las observo despreocupadamente y les digo:
aquí tenéis a uno con el que no se puede contar.

Por la tarde me reúno con algunos hombres
y nos llamamos unos a otros "gentleman".
Ponen los pies sobre mi mesa
y dicen: las cosas nos irán mejor. Y yo
no les pregunto: ¿cuándo?

Por la mañana orinan los abetos en el alba gris,
y sus parásitos, los pájaros, empiezan a chillar.

B. B.

A esa hora apuro mi copa en la ciudad y arrojo
la colilla del cigarro y me adormezco inquieto.

Hemos vivido, raza ligera,
en casas que considerábamos indestructibles
(así hemos construído las largas avenidas de la isla Manhattan
y las delgadas antenas que cruzan sobre el Atlántico).

¡De estas ciudades quedará sólo el viento que las atraviesa!
La casa hace feliz al hombre que está comiendo, porque la vacía.
Nosotros sabemos que somos provisionales
y que tras de nosotros no vendrá nada digno de mención.

En los terremotos que vendrán espero
no dejar apagar mi habano por amargura,
yo, Bertolt Brecht, arrojado a las ciudades de asfalto
desde los bosques negros, dentro de mi madre, al comienzo de [mi tiempo.

BERTOLT BRECHT (n. en Augsburgo en 1898), además del más grande dramaturgo de nuestro tiempo, es uno de los poetas líricos más poderosos y atractivos del siglo XX. La sencillez de su lenguaje no oculta la gran carga de emoción humana elemental y la densidad de pensamiento de sus poemas. La poesía de Brecht supone siempre un impacto directo en la sensibilidad y en la mente. Los supuestos fundamentales de su lírica son sustancialmente dos: el dolor humano y la presión incontenible de la historia. Ante el sufrimiento y la violencia, el hombre aparece en sus poemas como un ser desvalido e indefenso; pero conserva siempre intacta la lucidez de pensamiento y una sobrehumana capacidad de resistencia.

La ironía de Brecht—que a menudo llega al sarcasmo—es una ironía amarga y dolorida, que recuerda el ambiente deforme y alucinante de la pintura y la música expresionistas de Otto Dix y Max Beckmann, de Arnold Schoenberg y Alban Berg.

De su innato espíritu dramático—cuando murió continuaba dirigiendo su *Berliner Ensemble*—han pasado a su lírica ramalazos de diálogo y una especial plástica trágica, próxima a la de Lorca.

(Traducción del alemán y nota de Ramón Barce.)

EL RIO TAJO, UNA FUENTE Y UN ARROYO

Los escritores sensatos, aunque se digan desatinos de sus obras, continúan trabajando.

EN tu presencia, venerable río
(al Tajo de este modo habló una fuente),
de un poeta me quejo amargamente,
porque ha dicho (y no hay tal) que *yo me río.*"
Un arroyo añadió: "Sí, padre mío;
es una furia lo que ese hombre miente,
yo voy a mi camino, no censuro,
y con todo se empeña en que *murmuro.*"

Dicen que el Tajo luego
así les respondió con gran sosiego:
"¿No tengo yo también oro en mi arena?
Pues ¡qué!, ¿de los poetas os espantan
los falsos testimonios?... No os dé pena,
mayores entre sí se los levantan.
Reíd y *murmurad* enhorabuena."

LA RANA Y EL RENACUAJO

Qué despreciable es la poesía de mucha hojarasca

En la orilla del Tajo
hablaba con la rana el renacuajo,
alabando las hojas, la espesura
de un gran cañaveral, y su verdura.

Mas luego que del viento
el ímpetu violento
una caña abatió, que cayó al río,
en tono de lección dijo la rana:
"Ven a verla, hijo mío:
por de fuera muy tersa, muy lozana
por dentro toda fofa, toda vana."

Si la rana entendiera poesía,
también de muchos versos lo diría.

COBALTO

EL aire de los motores alzó un poco el ala delantera de un sombrero que tenía puesto un americano sentado en la terraza que dominaba el aeropuerto. También movió el borde de alguna falda y los mantelillos que cubrían las mesas. Pero el repetido fenómeno no conmovió a nadie. Sólo a una moscarda que se vió derribada entre las botellas de coca-cola y las naranjadas que el sol en su despedida galardonaba con tonos de jugos naturales.

El avión partió y otro vino a ocupar su lugar. Una delegación de españoles se dirigió a él. El grupo ascendía con cierto aspecto de tropel, con tímido apresuramiento algunos, como de hacerlo por primera vez; otros con la naturalidad de lo cotidiano, y hasta algún otro con la alegría ingenua de quien entra en una barraca de verbena.

La moscarda se repuso. Volvía a engañarse con los tonos de color de los vestidos, las uñas de las mujeres, los falsos colorines de las bebidas. Tropezaba tontamente con el vidrio de los vasos, se deslumbraba en la talla de las botellas de espumoso, se engolosinaba con migas dulzonas, se emborrachaba de luz.

Quería buscar la sombra. La apartaban manos, movimientos sobre o en torno a la mesa. Decidió alejarse. Correr por la estepa de sus millares de antepasados. A soportar todo el sol de Castilla hasta dejarse caer a la sombra de un guijarro o una espiguita. Topó con algo que no se veía y la impedía pasar. Una pared gris azulado. Y nuevas superficies de luz con las que se tropezaba. Hasta que un hueco la absorbió con su aire en sombra.

SE dejó arrastrar dentro. Se arrinconó en la curva esquina de una ventanilla. Se amodorró. Dejó correr el tiempo. Alguna vez inició movimientos y se arrepintió. Trataron de asestarle golpes con un periódico doblado. Encontró otro ángulo donde permanecer inmóvil. Era peligroso moverse. Ni siquiera oía su propio zumbido. Era mejor permanecer quieta.

La delegación bajó del avión. La moscarda salió con ellos. Estuvo

un tiempo en su ángulo olvidado y luego encontró un lugar tranquilo en el homoplato de uno de los viajeros. Le acompañó hasta el hotel. Durmió en el espejo del cuarto del baño. Al otro día le siguió. Encontró cómodo ir en el hueco que dejaba la cartera que llevaba en la mano entre la tapa y el alto de algunos papeles.

LA delegación se dividió en grupos. Uno de ellos llegó a un edificio de bella y escueta arquitectura. Lo custodiaban soldados alerta como rodeados de un enemigo invisible que pudiera atacar de un momento a otro. Dentro, todavía volvieron a subdividirse los visitantes. Tres de ellos se recubrieron con claras vestiduras entre flexibles y rígidas. La moscarda abandonó la cartera. Se situó trás el colgante cinturón trasero de una de las batas, sigilosa, como si supiese que estaba burlando la vigilancia de centinelas, sabios y cazadores de espías.

Cruzaron habitaciones blanquísimas. Los visitantes se inclinaban sobre pequeños tubos negros, turnándose para mirar. Atisbaban por ventanas redondas, como de barco. Al fin pasaron a un jardín. Maravilloso jardín. El sueño de una, de varias, de todas las generaciones de moscardas.

El lugar tenía frescura sin ser sombrío. El verde de las hojas era denso, húmedo. Los peciolos, más claros sostenían, carnosos y firmes, las superficies brillantes que se tendían a una luz igual y un aire vigorizante. Un aire sin corrientes molestas. Una luz siempre igual, como la de un cristal de tres dimensiones por cuyo interior se pudiese volar.

La delegación, en su traje antiséptico, oía unas explicaciones. Del centro de lo que parecía un surtidor surgía un eje brillante, con un engruesado cilindro en la punta, que giró varias veces, como un periscopio. Las explicaciones seguían... "Cobalto..., radiaciones..., cuatro veces al día..., mutaciones..."

LA delegación abandonó el jardín encantado. La moscarda ya no estaba con ellos. Continuaba en el mágico parque. Sentía, mayor que nunca, la tentación a sumirse en aquel todo cautivante. Buscó el envés de una hoja. Fué poniendo huevecillos en ella y quedó pegada, insomne y dormida al mismo tiempo. Pronto su escasa sustancia abandonaría la más intemporal estructura externa.

EL brillante cilindro siguió funcionando varias veces al día. Su invisible radiación caía sobre las plantas, que transformaban el color de sus flores, rompían la eterna estructura trímera o pentámera de sus frutos, perdían las hojas o las engrosaban monstruosamente. Algunas veces penetraban hombres y recogían ejemplares o tomaban notas. Uno de ellos fué el primero que hizo la observación: un insecto caído junto al tallo de una de las plantas. Miró a la cubierta plástica que cerraba el jardín.

Recogió con cuidado el bichejo en un tubo transparente. Era un extraño díptero, con una cabeza descomunal en que la red de ojos había crecido extrañamente. Luego descubrieron más ejemplares torpones al pie de las plantas, aunque hubo uno que trató de emprender el vuelo.

TODOS fueron a reunirse en la misma vitrina. Todas pasaron también a ser una descripción minuciosa en una cartulina con su fotografía de frente y de perfil. Los hombres aquellos discutieron muchas horas inclinados sobre ellas. Se oyeron algunas palabras: "...cobalto, radiaciones..., mutación..., fauna exótica..., generación espontánea..."

EN tanto, la moscarda progenitora no era más que unos fragmentos arrugados de cubierta quitinosa, disimulados entre la tierra oscura del jardín.



JORGE CAMPOS

POEMA

...y te dirán que te perdí soñando
con el limón y el verso,
que preferí el aroma del recuerdo
en la imagen traviesa del cortejo,
que opté por el eterno preludio
de tu beso...

Y te perdí.

ARTURO GUZMAN

ASEPSIA

BUSCABA,
bajo el sol buscaba.
Andaba,
sobre la tierra andaba.
Yunque,
espejo de hierro.
Graznido,
quemaba la boca el fuego.
Hablaba,
subía,
trepaba la hormiga al cielo.

CARLOS SANTA ANNA

SEGUID LA BUSQUEDA...

¿Tu verdad? No, la Verdad,
y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela.

A. MACHADO.

SE me escapan los puntos de este encaje.
Vacilan las agujas en los torpes
dedos de mis ideas.
Se me rompen los hilos, se me enredan,
formando una maraña, una confusa red
donde quedan prendidos, entre sombras difusas,
los débiles destellos de una luz presentida
que el deseo me incita a buscar la Verdad.
Porque debe existir la Fuente Verdadera,
tal vez no sea inútil la lucha que sostengo,
acaso fructifique en vuestros hijos.
Muchos pasaron, muchos; yo también pasaré,
me dormiré definitivamente
sin haber conseguido
saciar, calmar siquiera esta sed heredada;
ello no importa, mientras no se rompa
la continuidad de esta vieja herencia.
Seguid, seguid vosotros, hijos míos, la búsqueda
de la Verdad. La clave del éxito radica
en saber desatar los hilos anudados,
devanar la madeja del misterio.
Pero, ¡mucho cuidado!, porque existen
en la vida infinitos vendedores
dispuestos a venderos,
e incluso a regalaros sus verdades...

DIEGO BAUTISTA PRIETO

BRUJULA HERIDA

EL Huracán-Destino ha deshojado
la Rosa de los Vientos.
La brújula, sin Norte,
marca, loca, mil rumbos imprecisos.

No hay ruta que seguir:
polvo en las alas,
sombra en los ojos,
y un cerco de prisiones—casi muertes—
ahogando los deseos.

Sólo una luz, tan lejos
que, más que verla, la presiente el alma.
Una luz tan remota
que no alcanzan los brazos extendidos
a tocar su misterio;
pero que brilla siempre
—tanto más bella cuanto más distante—
con un fulgor supremo de esperanzas.

SANTOS GARCÍA

Telón de Agora

LA CABEZA DE UN TRAIDOR. JUANA DE LORENA. EL CONCIERTO DE SAN OVIDIO. EL PERRO DEL HORTELANO.

En el teatro Eslava, dirigida por Luis Escobar, que ha vertido la obra al español en colaboración con Santiago Martínez Caro, se ha estrenado LA CABEZA DE UN TRAIDOR, de Robert Bolt.

¿Qué debe perseguirse al recrear la Historia? Exclusivamente la ejemplaridad. Lo demás es cosa de colegio, informativa o deformativa, que de todo puede haber y hay en esta clase de obras. La de Bolt está vinculada con fortuna—una época apasionante—a la historia y a la hagiografía—Santo Tomás Moro—. Y en su obra—como en platillos de una balanza—se contrapesan de un lado Moro, de otro *El Vulgo*. Este vulgo va engrosándose con nobles, eclesiásticos, ambiciosos sin escrúpulos, figurones con o sin talento. Y Moro, grande y sencillo, se va quedando solo con sus convicciones. Abogado de primer orden, podía haberse justificado a sí mismo sutilmente—haber justificado ante Dios—cualquier juramento que hubiera hecho en la tierra. Pero no quiso ser abogado con Dios. El planteamiento de la obra—quince o veinte minutos—pesa un poco. Luego va creciendo hasta interesarnos profundamente. Nos atraen, sobre todo, ese *Vulgo*—interpretado por José Sepúlveda—que siempre introduce al espectador en las situaciones por la puerta del servicio—, lo que es un mérito del autor—; la familia de Moro—que Bolt ha reducido con acierto, falseando la historia, a Margarita, la hija preferida, y Alicia, la mujer—y Tomás Moro, con toda su verdad, delicada entereza y silencioso heroísmo. Lo demás—quizá porque antes lo fué realmente—nos pareció un poco de cartón. Robert Bolt ha escrito una obra profundamente ejemplar. Moro, oblato benedictino, no hizo otra cosa que apurar una de las normas de San Benito: "Por la justicia y la libertad, todo hombre debe resistir hasta la sangre." El teatro y el cine tienen el poder envidiable de multiplicar lo ejemplar y recordar a todos que el mundo puede y debe ser del hombre sabio y justo.

Muy funcional y bello el cambiante, esquemático decorado de Vicente Viudes, al que también hay que elogiar los figurines. La dirección, armonizada, correcta, abusando del rebrillar del Támesis—que distrae y molesta—en las escenas "con barquero". Manuel Dicenta, fundido con

su personaje, *Tomás Moro,* logró una interpretación memorable, extraordinaria realmente. Enrique Cerro consiguió también la mejor ficción quizá de su carrera representando a su tocayo Enrique VIII. Y destacables sobre el resto del reparto: Carmen de la Maza, José Sepúlveda, Miguel Narros y Javier Loyola. Carlos Ballesteros—aquí el *duque de Norfolk*—hace todos sus papeles con ímpetu inusitado, casi patológico. Urge que se frene.

En el María Guerrero se ha estrenado, en versión de José López Rubio, JUANA DE LORENA, dando así a conocer al autor norteamericano Maxwell Anderson. Dirección: José Luis Alonso. *Juana:* Lola Cardona.

Se trata, desde luego, de un autor digno, pero la obra no nos interesó. No valía la pena esa técnica pirandelliana para rebelión tan leve. No valía la pena la crítica de otras "Juanas", más o menos utilizadas como pretexto, para ir haciendo, a trancas y barrancas, una Juana fiel porque "es la verdad de Juana la que siempre se impone sobre todos". Bueno. Pero esperamos obras con más sentido. No había bosque detrás de los árboles.

Cada día consideramos más el "fenómeno" Buero Vallejo. Su acendrada honradez, la serenidad ejemplar con que va cumpliendo su destino paso a paso, sus miras puestas en lo difícil siempre, su impermeabilidad a sugestiones malintencionadas, tontas o inconscientes, su crecimiento indudable. ¿Hay muchos como él hoy día entre nosotros? A la gente que escribe le da igual acertar o no, se arañan porque su nombre salga en cualquier sitio, buscan "sonar", no "quedar". Las excepciones supongo que las conocemos todos. Buero es la honradez, la humildad inteligente, la ambición noble personificadas. Nadie podrá negarle nada menos que esto algún día, si es que pueden negarle otras cosas menos importantes.

En EL CONCIERTO DE SAN OVIDIO, estrenada en el Goya, vuelve Buero al símbolo de la ceguera. Símbolo, diría él, como lo es la vida: abierto, no sujeto a límites precisos. Vuelve a fustigar "la ceguera tranquila". Expresa de nuevo su fe en el mejoramiento humano, tan real como lento: *En la ardiente oscuridad, Un soñador para un pueblo, Las Meninas...* Es importante que reconozcamos ya temas, preocupaciones constantes en el teatro de Buero. Indica que hay autor y obra suficientes; promete que su teatro será nuestro.

La inconcebible cosa—para una sensibilidad de hoy—que es la filantropía—vocablo escindidor y repugnante—, muestra a las claras su filo carnicero en EL CONCIERTO DE SAN OVIDIO. Los ciegos de la nueva obra sólo interesan como tales ciegos; en la obra, en la vida. Mantenidos así, aumenta la ceguera de todos. Los videntes están a oscuras también por cegueras peores. Lucha de ciegos engreídos por una luz inexistente o una luz ideal es este CONCIERTO DE SAN OVIDIO, en el que pueden rastrearse sin dificultad constantes del teatro de Buero, con una diferencia esencial: que aquí Buero, afortunadamente, se ha dislocado, se ha desmedido en espíritu. Se ha extremado con madurez sorprendente, con seguridad y valentía de autor que puede permitirse pesadillas, locuras creadoras en

alta voz. EL CONCIERTO DE SAN OVIDIO puede calificarse de "rara" y éste es glorioso peldaño que Buero no había pisado aún. No olvidaré fácilmente la orquestina de ciegos en el cafetín de la Concordia. Las risas "feroces" de los clientes del cafetín. El incidente, considerado como poco importante por el dueño, y que, sin embargo, dará más humano compás al corazón del hombre. El aguafiestas, el joven que protesta es Valentín Haüy, que fundará más tarde la institución de Jóvenes Ciegos y, creando para ellos caracteres en relieve, conseguirá que lean. El dolor hace que vaya mejorando el mundo con lentitud, con dureza.

La interpretación, sin disonancias, no pasó de discreta, exceptuando a los ciegos—Francisco Merino, Pedro Oliver, Avelino Cánovas, Manuel Andrés, Félix Lumbreras y, sobre todos, José María Rodero—, que interpretaron con justeza y arte sus papeles. Muy acertados, como de costumbre, los decorados y figurines de Manuel Mampaso. Y sin fallos, hábil y armónica, la dirección de José Osuna. La música de la canción *Corina la pastora* es de Rafael Rodríguez Albert. EL CONCIERTO DE SAN OVIDIO tiene porvenir en los escenarios del mundo.

Cayetano Luca de Tena ha inaugurado la temporada del Español con EL PERRO DEL HORTELANO, de Lope de Vega, revisada por Federico Carlos Sainz de Robles.

EL PERRO DEL HORTELANO entretiene en todo momento, hace reír. *Diana* es uno de los caracteres femeninos de Lope más deliciosos. *Marcela* y *Teodoro* divierten al público con el alza y baja exagerados, constantes, de sus relaciones. *Tristán* es un "gracioso" alegre, avispado y noble como pocos. Luca de Tena ha cuidado la obra con minuciosidad de relojero, dando a las luces, por ejemplo, empaque convencional, que va tan bien a este tipo de obras. Ha hecho decir bien los versos a los actores—Carmen Bernardos, excelentísima actriz, los ha dicho bien siempre—, aunque no lo haya logrado con Jacinto Martín. La *condesa de Belflor*—y con ella todos los personajes—se movía con arte en su bello palacio seudorrenacentista ideado por Emilio Burgos, que diseñó también los figurines, muy elegantes. Carmen Bernardos, Armando Calvo y Miguel Angel actuaron muy bien. Y lo mismo, en sus breves intervenciones, María Paz Ballesteros y Antonio Pérez.

Lope de Vega es mejor que Alfonso Paso.

MEDARDO FRAILE.

VICENTE ALEIXANDRE ANTE EL PROCESO DE LO REAL (*)

Mucho se habla de realismo; la poesía española última, la más joven, ha tomado un claro camino realista. La diferencia esencial existente entre las promociones de los años cuarenta y las que arrancan del cincuenta, estriba en que ahora la poesía viene montada sobre una consideración real de que antes carecía. No es solamente que la intención sea real, sino que la misma poesía, si se estima verdadera, *no tiene más remedio* que ser real, y esto porque el alrededor, las condiciones históricas y psicológicas del hombre actual, conminan a un realismo bien concreto, del que no se pueden tampoco zafar, por supuesto, las mismas exigencias formales, las cuales tienden—si es que no se han cristalizado totalmente—a un equilibrio de lenguaje. Tantos grupos, tantos "ismos" o asignadas cofradías parciales de la poesía, han conducido a un productivo reposo de expresión, a un estilo global. Por eso, existe—es indudable—cierto parecido, como de espejo, entre los poetas del nuevo laborar poético español. Pero las apariencias engañan; debajo de esa superficie unitaria, cada poeta posee su estilo propio; esto ha ocurrido en todas las épocas en que un "modo" común permitió desarrollar hasta el máximo las distintas personalidades. Epoca de afianzamiento, de solidificación. Lo que algunos creen monotonía es comunidad de suelo y techo.

En esta nueva forma de lo poético, la juventud va, como digo, en vanguardia, y no es redundancia, ya que hay juventudes que se suben a la trasera de los carros. Los poetas del cuarenta, como tal conglomerado, se quedaron atrás. Todo lo que no sea acogerse, integrándose, a las necesidades de la poesía diaria de ahora, resultará fallido. Es difícil respirar el aire general de hoy cuando se lleva a las espaldas el cargamento de unas circunstancias ya sin vigencia, a menos que la personalidad supere las jubilaciones generales. Vicente Aleixandre—a esto iba yo—ha escrito un libro dentro de las características de la nueva poesía española. Y no lo ha escrito organizando la integración, intelectualizando lo creado; él se ha empapado de vida transeúnte, se ha sentido joven, y tal es la sorprendente juventud de este libro, que más de un poeta español de la última hornada se verá reconocido en él. Y sin renunciar el poeta a su línea evolutiva. El hecho de que Aleixandre sea

(*) VICENTE ALEIXANDRE: *En un vasto dominio*. Ediciones de la Revista de Occidente. Madrid, 1962.

el poeta de la generación del veintisiete más adelantado, no implica anulación de su anterioridad. Aleixandre se ha dejado llevar por su tiempo, y a la vez lo ha guiado, pues el tiempo no es nada sin el hombre que lo hace notar. Aleixandre ha llegado a su completada creación; sus libros anteriores, paralelos a las urgencias de cada época, anunciaban ya *En un vasto dominio,* resumen de creadora y humana circunstancialidad, y perennidad de estilo; todo, por representar las solicitaciones de determinado tiempo. Aleixandre nos ha resultado un joven, un asombroso poeta joven, y a la cabeza de todos, con una acumulada experiencia de vida y lenguaje.

En un vasto dominio es un libro que crece y crece en una prodigiosa elaboración de lo universal. Conste que esta dialéctica de lo real no tiene nada que ver con un filosofismo de pega; lejos están Hegel, incluso Marx, a pesar de que las referencias a la materia puedan hacernos pensar en una dialéctica materialista; lo histórico, en Aleixandre, no obedece a ningún metabolismo de tipo político.

¿No es, entonces, este magnífico libro un canto a la materia? No. Es una alabanza de lo real; la materia supone, en el hombre, al espíritu. Al menos, el espíritu como conciencia de sensibilidad y voluntad. Esto es lo fascinante de *En un vasto dominio:* que constituye un libro sin unilateral intención, aunque con un orden y una espontaneidad. No se nos pretende convencer de nada; simplemente narrar el transcurrir de la materia, desde su origen—sexo, fisiología—hasta la muerte y el recuerdo.

Así, el poeta nos hablará, primero, del cuerpo humano, de sus partes, es decir, de lo más evidente y próximo. Luego se referirá a ese cuerpo viviendo en la Naturaleza: en el capítulo II (tal titula Aleixandre cada parte), la actualidad de un pueblo ofrecerá motivos de consolidación campesina de lo real. Después, será la evocación de un tiempo no presente y natural, sino falso, ciudadano y desaparecido; si antes surgía en los poemas un tonto, un leñador, una madre joven, ahora aparecerán marquesas, destellos de óperas, sedas, artificiosidades... Es la antivida, los malos tiempos felizmente consumidos. Siguiendo los capítulos, en el IV y V (ambos titulados "incorporación temporal") el poeta reflejará aspectos de la realidad interior o exterior: "Antigua casa madrileña", "Lope, en su casa", "Historia de la literatura". Y en el último capítulo, la vida fulge como recuerdo; una serie de "Retratos anónimos" (¿anónimos?) nos presenta el contraste entre la figura pintada en el cuadro y esa misma figura en su realidad absoluta, vital, verdadera.

Si la poesía tuviera lógica, éste era un libro perfectamente lógico. Lo real del hombre examinado y vivido por Vicente Aleixandre ha sido llevado desde la gestación ("incorporación") de la materia hasta su aparente exterminio, pues la muerte es sólo un paso más en el devenir de la vida universal. *En un vasto dominio* supone un canto de alegría, una glorificación de la Humanidad, patente en cada hombre, veladora de todos. Por eso, el poeta dirá que su verso repercute en todos los hombres aunque muchos no lo lean, exactamente—digo yo—como el trabajo del minero repercute en el poeta, aunque no labore en la mina. Gran fraternidad, amor que no deja resquicios y, sobre todo ello, una visión antropocéntrica del mundo, visible ya en *Historia del corazón.*

En un vasto dominio, libro jovencísimo, demuestra cómo el poeta, cuando se echa en la corriente de su tiempo, se convierte en patrón de los demás, comulga con ellos y acepta humildemente el ámbito histórico y poético que lo circunscribe. En efecto, como dije más arriba, cada nuevo poeta español responsable se verá reconocido en este espléndido libro; de igual manera, Aleixandre, recogiendo personas y escenarios entrañables, se ve reconocido en sus familiares, en sus paisajes de verano, en sus amigos. Juventud fecunda la de Aleixandre, que le permite llevarnos a través de las páginas del libro cabalgando entrecortadamente por una rápida abundancia de puntos dentro de los cuerpos estróficos y terminar lo leído como si un repentino golpe de mar nos hubiera bañado de sal, de vida, de realidad de origen. *En un vasto dominio,* entre lo colosal y lo delicado, es la lección última (por ahora) del maestro Vicente Aleixandre.

MANUEL MANTERO.

Crítica de libros

José Carlos Gallardo: *De mar en mar.* Colección "Veleta al Sur". Granada, 1961.

Hacía tiempo que José Carlos Gallardo no publicaba ningún libro, concretamente cinco años, desde aquella *Carta desarraigada a Blas de Otero* y los sonetos de *Mar que viene.* El tema del mar vuelve a aflorar ahora en este *De mar en mar,* libro meditativo, con un mucho de nostalgia española desde las orillas de Buenos Aires, donde el poeta vive y escribe.

La voz antigua de Gallardo, voz trepidante, desesperada, se ha serenado; ya la actitud del poeta no es de denuncia, sino de exégesis de la Naturaleza, en este caso informada por las aguas de un río o del mar. El tema del mar ha hecho escribir a muchos poetas; se podía realizar un libro muy grueso con las composiciones al mar dedicadas. Gallardo acude al tema severamente, sin concesiones gráciles, aunque cierta donosura andaluza se le transparente en los versos. De las dos partes que tiene su libro, la segunda "Oda al río Paraná", es la que más me atrae:

> No son las olas quienes
> hacen llegar el agua:
> es agua por sí sola
> sacando aguas al agua.

América está formulada apasionadamente:

> ...Esto es América:
> río continuar,
> insistente testuz
> y delta con volcán;
> río sacando a flote
> su puño, río-mar,
> tierra sumada, toro
> cenital, pedernal
> donde la luz descubre
> que está en el más allá.

Bienvenida, pues, la renovada voz de José Gallardo, poeta de Granada, emigrante a gusto, alerta al quehacer poético español, difundiendo por tierras americanas lo mejor de la última poesía de nuestra patria, a la que él mismo pertenece con honradez.

José Ramón Medina: *Memorias y elegías*. Caracas, 1960.

Con este libro consiguió el Premio Nacional de Poesía de su país J. R. Medina, poeta muy conocido en España, donde fuera Premio Boscán de 1952 con su libro *Texto sobre el tiempo*. Indudablemente, éste es el más importante libro de Medina. Aquí su brillantez formal y su entrañable tono alcanzan la altura del poeta madurado, y sin tener que salir del paso con el clásico volumen de poquitos poemas, al uso de tantos poetas delicados. *Memorias y elegías* es una obra sólida, de ambición. Quizá las sombras de Neruda y Aleixandre atraviesen por las páginas del libro; pero ¿quién es capaz de zafarse de lo grandioso en presencia de lo grandioso?

El recuerdo, la soledad, el amor, son acariciados por el verso recreador del poeta. El poema "La hija" me parece uno de los más bellos del libro:

> Oh hija, dulce instante violento, tierno
> trigo y pasto de mis días,
> acariciada por manos de sabias mansedumbres,
> ciego me acojo, vehemente, a tus gracias,
> frágiles pájaros de dulcísima sombra.

Ya en otra ocasión me he ocupado del relieve formal, del resplandor que Medina imprime a su palabra, siempre jugosa, a medio descubrir. Mas, a pesar del poder de la palabra, existe en este verso un equilibrio que no permite la irrupción caprichosa. El adjetivo es justo, verdaderamente calificativo:

> El hombre. Y nada más.
> Su lumbre alzada a un cielo de apagadas memorias.
> .....
> Tal vez dejar una palabra sola,
> una luz pensativa, un rostro en el silencio.

Poesía amena, primaveral, que se viene a las manos con la garantía del poeta auténtico. Con este libro logra Medina la docena, que es un buen número cuando la calidad no desmerece. ¡Si aprendieran esta lección los poetas que andan por ahí procurando la publicación de libro tras libro, todos iguales de malos o mediocres!... Sería aleccionador hacer una Antología de poetas malos en España, de esos de libros en ristra, como los ajos.

Manuel Mantero.

Edelberg, Betina: *Imposturas*. Emecé. Buenos Aires (1960).

Este es un libro que, en general, obedece a esa línea intelectualista que se viene dando, en estos últimos años, en la poesía femenina latinoamericana, tal vez como contraposición a los excesos a que condujo la poesía erótica. Ningún extremo es, por fuerza, un acierto, pero la poesía de Betina Edelberg sabe mantenerse en el punto aconsejable.

Imposturas es un libro valiente, sincero y hondamente elaborado.

Muchos de sus poemas son auténticamente originales en cuanto al enfoque del tema y levantan un mundo poético semejante, en algunos aspectos, al de la española Gloria Fuertes

> Estoy harta de tanta astilla mía
> que me desmenuza
> y me disgrega,
> y de la corrupción de una lágrima,
> y de la maraña entre mis alas.

Carecen estos poemas de "estado de éxtasis", lo cual permite a su autora desarrollar las indiscutibles dotes de objetividad y observación que posee, y que manifiesta especialmente en el poema "Descripción de la realidad"; ambas cualidades son esenciales para la poesía. La dotan de generosidad, ya que éxtasis es, como Sander ha dicho, "la ebriedad de uno mismo".

HUANQUI, LOURDES: *El motivo de amar*. Agora. Madrid (1962).

No es usual que llegue a nuestras manos poesía firmada por un nombre de tan hondo sabor americano como es el apellido Huanqui. He abierto el libro esperando encontrar sonido de kenas y pasos de llamas; algo que nos hiciese recordar lo que el apellido transparenta: reminiscencias del viejo Tahuantisuyu, al que tanto amó nuestro poeta el inca Garcilaso de la Vega. En vez de eso encontré un libro juvenil de poesía amorosa, breve, sincero, vacilante todavía en la forma, pero firme ya en cuanto a inspiración. La de Lourdes Huanqui—nombre afrancesado y apellido incaico—es una poesía transplantada, sin arraigo en ningún paisaje, condición necesaria para que puedan madurar todos los elementos que laten en ella.

MADERA, CHONA: *Las estancias vacías*. Las Palmas de Gran Canaria (1961).

Estructuralmente, el libro de Chona Madera obedece a cuatro tiempos: el de los "Rescatados instantes", el de las "Canciones breves y otras canciones", el de las "Elegías" y, finalmente, el titulado "Intimidad". A todos ellos es común la desolación de que está impregnada últimamente la voz de esta poetisa canaria. En el primero de estos tiempos, lleno de movimiento y variedad, agrupa poemas de muy distinta índole: "A los pies, eternos servidores", "A un bolso de piel", "La carta semanal" y "¿Qué tiene América?", realizados con cierta tendencia al prosaísmo. Las "Canciones" nos introducen en un terreno ligero en cuanto a la forma, pero de una gran melancolía y vaguedad:

> Casi no hablaba.
> Nada decía.

Cuando Amor la miraba
se entristecía.
(Siempre que se encontraban
oscurecía.)
.....
No, no te quejes,
que es de quejarse un modo,
cuando ya ceses.

Las "Elegías" son un canto de tristeza mayor a todo lo que ya sólo vive en su memoria: "Mirando hacia la vida y hacia dentro / a este triste horizonte me adelanto", dice en la titulada "Sólo tierra". De todas ellas, "Hasta allí no fué nadie" es tal vez la mejor.

Los poemas de "Intimidad" son un apretado nudo, una amarga síntesis personal de todo lo que a través del libro hemos ido viendo: "Si ellos, /mis amores, / si ellos, / cuanto tenía, / ¿para dónde mirar que no los vea? / ¿Por qué, Señor, por qué / tanto despojo?" La inspiración creadora de Chona Madera se resiste a la rotunda definición; los temas que la solicitan son amplios y variados, pero todos están vistos a través de una actitud depresiva, a la que mejor que actitud deberíamos llamar modo esencial de ser y de enfrentarse con las cosas. ¿Pesimismo? No importa realmente: un poeta, desde el momento en que trata de comunicar su posía, deja de pertenecerse. Su esfuerzo ha de ser el de *comunicar*.

VILLARINO, MARÍA DE: *Los espacios y los símbolos*. Losada, S. A. Buenos Aires (1960).

A través de una extensa producción literaria, María de Villarino ha demostrado merecer la estimación que su obra tiene en América Latina y las numerosas distinciones con que ha sido galardonada. *Los espacios y los símbolos* es un libro poético cuyo contenido se ciñe a lo que en el título se nos sugiere: variedad dentro de un horizonte dilatado y profundidad en los conceptos. En general, el pensamiento obedece a esas directrices intelectualistas a que me refería cuando comentaba el libro de Betina Edelberg. No obstante, ambos poetisas realizan la poesía de un modo muy diferente. En la forma, María de Villarino nos ofrece versos de indudable tradición dentro de la lengua latina:

La verde edad y la pasión dichosa...

o estos otros:

mirándote con Dios en la mirada,
y el mismo interrogante, aún la misma
soledad extendida ante la nada.

El encanto de este libro es, en lo formal, la conjugación de un espíritu moderno, de una problemática de tipo intelectual, pero de muy última hora, con un verso flexible, añejo y seleccionado por siglos de existencia, mérito indudable para una poetisa de Hispanoamérica, lugar donde concurren tantos peligros para la pureza de la lengua madre.

Tiende, sin embargo, esta poetisa a una deshumanización de los problemas. Mejor dicho, a simbolizar en los paisajes realidades estrictamente humanas, como, por ejemplo, en su poema titulado "Del tiempo". Esta tendencia a "disminuir" no quita a su verso energía, pero lo empaña. Buen libro, en resumen; noble en su forma y en su fondo, honesto en cuanto a la revelación de una realidad interior, preocupado por algo más que el propio cuidado:

¿Quién recoge las manos y los gestos
que se tienden en vano hacia nosotros
y los recibe un ámbito desierto?

JULIA UCEDA.

CARLOS MURCIANO: *Poesía y crítica.*

Nuevamente Carlos Murciano en pie de batalla, a flor de libro. Pero ¿cuándo dejó Carlos Murciano de estar en pie de batalla y a flor de libro? Murciano es un poeta en marcha, marchando, a su gloria, a su purgatorio o a su galera. Que otras voces—presentes o futuras—más autorizadas que la mía lo abonen en su cargo o su descargo.

Vislumbramos en el poeta de Arcos de la Frontera—cabría señalar en los dos poetas, por lo que su hermano Antonio contribuye a nutrir ese lírico paralelogramo patrimonial, divisible e indivisible—un pausado sistema de creación, una templanza—no un descanso—de fruta madura, reflexiva, que se mece pendiente de la rama naturalizada del genio y la figura.

Tiempo de ceniza (Publicaciones "La isla de los ratones", Santander, 1961) supone un despegue, un desanquilosamiento parcial de joyerías retóricas. El poeta—me consta—"comienza a superar la expresión deslumbradora de sus libros anteriores para mostrarse aquí más enteramente sobrio".

Lo mejor de este libro de Carlos Murciano es su rotunda fidelidad a sus principios. Los dogmatismos y los cánones de la refinería ya le martirizan menos en los pulsos y en los oídos.

Pero la otra buena cara de la luna literaria—que sueña con su novilunio—de Carlos Murciano es la crítica. Y en *Las sombras en la poesía de Pedro Salinas* (Publicaciones "La isla de los ratones", Santander, 1962) vierte sus dotes ensayísticas en revitalizar, con frondosos fundamentos controlados, algunos matices y corporeidades de los muchos que singularizan la obra de Pedro Salinas.

La de Carlos Murciano se me antoja una labor de exegeta con limpia visura. A sus análisis los condiciona una pupila de centinela alerta auxiliada por una dilatada retaguardia de notas bibliográficas.

Buscar las *sombras* en una poesía de tan delicado calibre es también perseguir la luz, los contraluces vírgenes de lo eterno...

JESÚS DELGADO VALHONDO: *Primera antología.* Badajoz (1961).

¡Una antología, una antología! Tranquilicémonos, cese el revuelo, ya que sus páginas únicamente la ocupan los versos—buenos versos—de un poeta, que, al cumplir su media docena de libros publicados, no se ha sustraído a la tentación de marcar una pausa en el sendero para mostrar sus antiguas heridas y convencerse de si han o no cicatrizado, o si la venda—o la indumentaria—que las protegía se le ha quedado ancha o estrecha. Pero a los poetas no se les juzga por cicatrices ni guarismos decimales (eso pertenece al distrito de los enfermeros y los sastres).

Jesús Delgado Valhondo no es un poeta cumplido en seis voces—en seis libros—; ni tampoco un poeta multiplicado por seis. Todas las composiciones—buenas composiciones—seleccionadas en la presente antología condensan un todo. Una antología siempre ostenta un carácter de obra completa. La antología de Delgado Valhondo es, en cierto sentido, una obra completa, porque obedece a un dictado subjetivo de afinidades que el tiempo ha respetado hasta el momento.

El prólogo, de Eugenio Frutos, me parece extremadamente sustancioso y un plausible auxiliar interpretativo para cualquier lector sin lazarillo.

CARLOS FRÜHBECK: *Voz desde el umbral.* Burgos (1962).

Voz desde el umbral es un libro que cumple con su objetivo. A simple vista, su continente despierta la sensación de un retórico contenido. Y, en cierto modo, quizá padezca alguna pequeña infección de retórica. Otro poeta, manejando tan contagiosas expresiones, es muy posible que se condenara casi sin remisión por esteticista. Pero Carlos Frühbeck es poeta; y aún más lo será al desprenderse de esas venenosas ensaladas florales, de las que él está muy por encima.

Este libro asimila bastante bien los vocablos y conceptos que singularizaron a poetas de postguerra. Vocablos y conceptos que, a veces, se hallan a un paso de las infusiones tremendistas. Los poemas de Carlos Frühbeck están empapados en Hernández y Otero, incluso en Dámaso. Dicho sea sin tono reprobatorio...

Elijamos uno de sus sonetos al azar y descubriremos una numerosa mayoría de palabras que se repiten constantemente: "sangre", "muerte", "noche", "sed", "río", "Señor"... Entre todas, la "sangre" es la que más "corre", la más usual por la corteza y la raíz de estos versos.

El mejor soneto, sin duda, el dedicado a Miguel Hernández. También el titulado "Paraíso perdido" nos ha satisfecho.

Carlos Frühbeck es un poeta que, avanzando el tiempo, no será de los que permanezcan en el "umbral" de los indecisos, ya que está llamado a participar en el torneo de los auténticos. Despuntan caminos que le convocan a superiores travesías. Su voz ya hace ruido desde los umbrales...

BERNARDO CASANUEVA MAZO: *A la cena de los sentidos.* Col. "La Cigarra". Santander.

Sonetos, sonetos, sonetos. Dieciséis, veintidós, cinco. Cuarenta y tres sonetos en total. Profusión, premeditación. Bernardo Casanueva utiliza con fortuna e inteligencia el soneto; pero, en muchas ocasiones, armoniza las estrofas con una especie de obstinado utilitarismo estético, resuelto en lo que los textos de preceptiva escolares califican de gradación. La gradación, en poesía, es un *vicio,* moderado para unos, persistente para otros.

Casanueva Mazo es un muy correcto sonetista que, en este libro pleno de sonetos, nos abruma con tantas correlaciones. En el "Segundo movimiento"—segunda parte del volumen—hay sonetos que nos resucitan la impresión de una relectura. Los juegos o los quiebros verbales de los posesivos "suyo" y "mío" llegan a convertirse en algo parecido a un reiterante pasatiempo de toma y daca.

Debemos insistir en las similitudes y efectos de versificación que rebosan en *A la cena de los sentidos,* eficacísimos—lo reconozco—tantas veces:

> ¡Lo que sería verte muerta al viento!
> ¡El mundo, el mundo, el mundo, el mundo, el mundo,
> inerte, inerte, inerte, inerte, inerte!

Igualdad y unidad absorbentes las de este libro. Ningún soneto malparado. Mucha "poesía". Aquí no le falta su soneto a la rosa, a los cisnes, al aire, al silencio ni a la paloma. Pero tampoco al hombre. No por contraste, sino—creemos buenamente—por ensamblar con más alta temperatura esta íntima y paulatina *Cena de los sentidos,* donde los diversos *alimentos* se acomodan en la misma vajilla.

PEDRO PÉREZ-CLOTET: *Ruedo soñado.* "Cuadernos de María Cristina". Málaga (1962).

Un soneto y tres décimas recoge Pedro Pérez-Clotet en esta nueva entrega—lucidísima—de los "Cuadernos de María Cristina". Un soneto a la ciudad de Ronda—publicado en "Punta Europa"—y tres décimas —inéditas—con los títulos siguientes, y por este orden: "Plaza", "Torero", "A Cayetano Ordóñez, en memoria".

En otros libros de Pérez-Clotet—*Soledades en vuelo, Bajo la voz amiga*—no faltan alusiones en prosa o verso ni comentarios acerca del hombre, del toro y la muerte en la fiesta nacional. Su *debilidad* por semejantes temas no admite lugar a dudas.

Pedro Pérez-Clotet, maduro lidiador del verso, se ha arrojado al ruedo nuevamente; y no como espontáneo, sino como un pilar armónico de la tauromaquia que, no pudiendo aguantar más en el tendido, abandona la seda por el percal.

SOLIMÁN SALOM: *A las puertas del mundo.* Col. "Odín", 2. Madrid (1962).

La Colección "Odín" embarca en su segunda escala el nombre y los versos de Solimán Salom, poeta turco residente en España y emparentado frugívora y frugíferamente con el castellano.

En Solimán Salom se evidencia al poeta múltiple, que escarba con fruición en cuantos suelos pisa. Su poesía española constituye un aprendizaje de captaciones, matices, modos, modas, excesos, equilibrios, compensaciones, intuiciones...

Tres años atrás, en su extraordinaria antología de *Poetas turcos contemporáneos,* distinguía al turco del castellano como "dos idiomas cuyas raíces son totalmente distintas". De ahí que dupliquemos hoy el valor y la intención de los diecinueve poemas de *A las puertas del mundo.*

Pero a la poesía de los poetas hay que juzgarla por su efectos antes que por sus causas. En este caso, el efecto difiere de la causa, pero no de la razón o la voluntad creadoras. El verso, siempre que sea verso, debe adoptar y administrar, en lo posible, la dimensión del sentimiento. *A las puertas del mundo* sostiene un acento de dolor no compartido y por compartir; la búsqueda de un universo inceptor—ya a sus puertas—que articule libertad...

No es fácil cosechar exponentes de correcciones éticas y estéticas, no ya en lenguas foráneas, sino en la natal. Componer versos para que los lectores de Turquía, España o Francia los interpreten en su lenguaje usual es servir a tres señores un solo servidor. Solimán Salom lo hace. Y bajo la exclusiva de la Poesía verdadera, una, grande y libre por los siglos de los tiempos.

LUIS CUESTA VILLANUEVA: *Poemas del amor a solas.* "Agora". Madrid (1962).

Luis Cuesta Villanueva se incorpora con este primer libro a la nómina abundante de seres que, alejados—o desarticulados—de Madrid, cultivan la sementera de una creación poética más o menos responsable, más o menos clarividente o tenaz, más o menos temeraria.

Cuesta Villanueva nació en Gijón. Y cuenta veintiséis años. Pero lo que en realidad debe contar es su mucha suspicacia. Guardar la ropa nadando es más posible si se sobrenada próximo a la ribera.

En *Poemas del amor a solas* entendemos vislumbrar lo que generalmente se destapa a la vista de cualquier volumen de iniciación: tanteos. Eso, tanteos cegados y con luz, ingenuos y ambiciosos, débiles y adultos. Clarísimos conceptos eróticos no le faltan al libro, siendo, acaso, lo que menos le haga falta. La salacidad intimista que se cuela por las estrofas de Cuesta Villanueva adolece de un poquito de sagacidad. Por otra parte, sus versos despiden en exceso olores, colores y sabores de poesía traducida. Su enunciado "Las carnes son de color de huevo" no sé por qué me hace recordar ciertos versitos del norteamericano Carl Sandburg, que se atrevió a decir *seriamente* que la poesía "es una síntesis de jacintos y bizcochos".

Vigílate, Luis Cuesta Villanueva. No hay que abusar de la templanza ni de la destemplanza. Frenar y limitar primero, para dominar después.

JOAQUÍN CARO ROMERO.

JUAN RUIZ PEÑA: *Nuevas memorias de Mambruno.* Insula. Madrid, 1961.

Este andaluz voluntariamente exiliado en Castilla—como don Antonio Machado—que es Juan Ruiz Peña viene tejiendo en verso y prosa sus nostalgias del Sur y sus soledades de la meseta con vario acierto y abundancia de títulos. Toda la crítica española se ha ocupado una u otra vez de J. R. P., que supone, dentro del actual panorama literario español, el caso aislado y siempre ejemplar de un hombre que vive exclusivamente, puede decirse, para su obra creadora.

Ruiz Peña, que se proclama discípulo lejano de Bécquer y discípulo inmediato de Jorge Guillén, tiene, efectivamente, la voluntad delimitadora y clarificante de éste junto a los desmayos evanescentes de aquél. Ambas características se le resumen y apuran muy agudamente en *Nuevas memorias de Mambruno,* por ser éste el más reciente y más desnudamente autobiográfico de sus libros. La prosa poética que Ruiz Peña comenzara a ensayar con su primer libro mambrunesco tiene continuación feliz en el ahora comentado, que quiere ser algo así como un anticipado testamento de lo que "Mambruno" Ruiz Peña tiene, contiene y otorga a la literatura española. Difícil y comprometido género éste de la prosa poética. Todo se ha hecho ya por ese camino, y no hay por qué citar modelos. Ruiz Peña nos recuerda a los mejores, y eso ya es bastante, aunque hemos de puntualizar que a la literatura ya se le ha pasado el momento de las prosas poéticas—también en lo literario hay modas y momentos, y hasta Lope de Vega está sujeto a ellos, como actualmente venimos comprobando—, de modo que el jerezano de Burgos está defendiendo causas estéticas un tanto perdidas. Bien entendido que el poetizar en prosa de este autor comporta una singular vigencia dada por la autenticidad autobiográfica, la inmediatez de los temas y el fervor con que su libro está escrito. Las horas de Burgos, los sueños y ensueños del escritor, sus visitas a Madrid y sus toques iconográficos al mundo de los literatos nutren de anécdota leve este nuevo y, al parecer, postrero diario mambrunesco.

"Esto no es un libro; quien vuelve sus páginas, toca a un hombre." La frase acuñada entre Walt Whitman y nuestro León Felipe puede valer como máximo elogio de *Nuevas memorias de Mambruno.* Si bien, a la hora de la exigencia exclusivamente literaria, uno, enamorado de la buena prosa, sigue prefiriendo a Ruiz Peña en verso.

PAULINA MEDEIROS: *Otros iracundos.* Ed. Santiago Rueda. Buenos Aires, 1962.

La abundante obra literaria de Paulina Medeiros viene nutriendo la actualidad cultural de Argentina con gran variedad de títulos. El libro

de P. M. que ahora nos llega a las manos—*Otros iracundos*—responde fielmente a las características creadoras de la escritora. Es el suyo un novelar directo, de raigambre tradicional, que se adensa en torno de seres muy reales—a veces demasiado reales—, o los va vistiendo de sufrimiento, de esperanza, de infelicidad. Es la vida, sí, reconocible y fidelísima, lo que esta novelista aprieta en su prosa, jugando acertadamente todos los resortes del género.

La tierra y las gentes de América, representados con eficacia por el buen oficio de Paulina Medeiros, se alzan en este libro y en cada uno de los suyos con plena realidad para el lector. América, sí, vive en estas páginas. Entre los procedimientos de objetivismo y el viejo subjetivismo romántico, Paulina elige como fórmula noveladora un término medio que, a la manera de los novelistas canónicos, nos da equilibradamente y a un tiempo los adentros y el afuera de las cosas. *Otros iracundos* vale como contrastado documento de la vida, la lucha y los ideales de América.

Luis Beltrán Guerrero: *Candideces.* Caracas, 1962.

Intelectual y periodista venezolano insoslayablemente vocado al ensayismo, Luis Beltrán Guerrero ha ido poniendo asiduamente en la prensa de Caracas el toque noble de su erudición y su buen gusto literario. *Candideces* recoge una amplísima muestra de los trabajos periodísticos de Beltrán Guerrero, cuya pluma, tocando los mil temas de la actualidad con ágil y meditado rasgueo, nos hace pensar en Azorín, D'Ors, Ortega y todos los grandes escritores que, de modo muy usual en la literatura de lengua castellana, enterraron en los surcos apresurados del periódico la más fecunda semilla de la Obra Bien Hecha. Siempre es grato ceñir en un volumen la cosecha dispar del trabajo diario o la colaboración esporádica. Libros como el de L. B. G. no suelen resultar por ello faltos de unidad, sino que, paradójicamente, nos tientan como un todo poliédrico y precioso. *Candideces* está en ese difícil y noble trance en que al periodismo le nacen virtudes propias del más enjundioso ensayo.

Francisco Umbral.

NOTICIAS DE OTROS LIBROS

Agustín Larrauri: *Creación del mito,* Insula, Madrid, 1961.—Se entremezclan versos y prosas con decoro y oficio, aunque la parte final ("Siete poegramas") no nos guste: está ya caducada la moda de charadas y ultraísmos baratos.

Rafael Guillén: *Cancionero-guía para andar por el aire de Granada,* Colección "Veleta al Sur", Granada, 1962.—Rafael Guillén es un poeta andaluz, ya conocido por su garbo expresivo, del que dan tes-

timonio cuatro libros anteriores. Ahora, este *Cancionero-guía* extiende, amplía el garbo quizá más de la cuenta. Libro retórico, con hallazgos sueltos, y excesivo cante, con influencias lorquianas. Los dibujos de Antonio Moscoso son una delicia.

Sebastián Sosa Alamo: *Poemas,* Villa de Agaete (Gran Canaria), 1960.—Sentimos decirlo, pero estos *Poemas* son sensibleros, huecos, totalmente inmaduros.

Simón Kargieman: *Niño del asombro,* Buenos Aires, 1960.—Versos de niñez, con un trasfondo telúrico, y alguna que otra vejez expresiva, como escritor: "las piernas desnudas de mis ojos muertos".

Carlos A. Velazco: *El corazón de silencio,* Instituto Amigos del Libro Argentino, Buenos Aires, 1960.—Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez presiden, influyen este libro, de voz serena, sin evidencias ni ambición.

Francisco Javier Cano: *El dolor de la carne,* El Ferrol, 1960.—Este joven poeta—veinte años—es Premio Nacional de Poesía del S.E.U. Sinceramente, el S.E.U. debiera cuidar más sus Premios. No es que Cano sea mal poeta; es que, por lo leído, no parece ni bueno ni malo. En fin, que "la puñalada del tiempo" (palabras del poeta) se convierta en esperanza y pan del tiempo.

Manuel Ostos López: *Balada del amor ausente,* Valencia, 1961.—Catorce bellos poemas que comprenden uno solo. A pesar de prosaísmos y cierto retintín retórico, hay buen pulso de verso, ternura, oficio. Deseamos que su tercer libro sea una obra cuajada, y lo esperamos.

César de Mendaña: *Poemas,* Col. "País", Zaragoza, 1961.—Lástima. Un joven poeta con versos ingenuos, prometedores, y escribiendo poesía mitinesca, a "camaradas", dándole al yunque del "Imperio" y demás.

José Batlló Samon: *Los sueños en el cajón,* Col. "Alrededor de la Mesa", Bilbao, 1961.—Demos algunos títulos de poemas: "Competidor para el vacío", "Etnico del abrazo", "Exegeta fracasado"; "Paria ético", "Deshidratación", "Espeleólogo del cansancio"... Basta.

Juan Porcar: *Las amonestaciones y otros poemas,* Col. "Alrededor de la Mesa", Bilbao, 1961.—Realmente, si este poeta tuviera más conciencia de sus posibilidades, desembocaría en bueno. Le pierden esos versos locos, que tantos congéneres escriben; ahí va éste: "Cada noche se acuestan con una ecuación inédita bordada en el pijama." El poema "Las vidas paralelas" pudiera ser un anuncio del verdadero Juan Porcar, poeta de fuerza, de desperdiciada fuerza.

Julio Antonio Gómez: *Al oeste del lago Kivú los gorilas se suicidaban en manadas numerosísimas,* Col. "Papageno", Zaragoza, 1960.—Cuatro largos poemas componen este libro, bien presentado y con ilustraciones de Saoul Strindberg y Gregorio Prieto. Julio Antonio Gómez

es un buen y original poeta. Su protesta contra lo masivo y gris de las ciudades, contra la vida impuesta, se bifurca en estos versos tiernos, irónicos, a veces prosaicos, pero siempre con un bello latido humano.

Luisa Pasamanik: *El ángel desterrado,* Editorial La Mandrágora, Buenos Aires, 1962.—Cuarto libro de esta autora y unos versos cortos, extraños, llenos de esperanza en el hombre.

Francisco Lezcano Lezcano: *Poemas en la orilla,* Col. "Alrededor de la Mesa", Bilbao, 1962.—Versos de principiante en esta fecundísima Colección "Alrededor de la Mesa", que Dios sabe a dónde llegará.

M.

La Colección NEBLI ha publicado:

1.—*Canciones,* de Ramón de Garciasol.
2.—*Variación,* de Gerardo Diego.
3.—*Quedan señales,* de Angel Crespo.
4.—*Hombre triste,* de Rafael Millán.
5.—*Tierra de nadie,* de Manuel Pinillos.
6.—*Navidad,* de Antonio Murciano.
7.—*Elegía en otoño,* de Leopoldo de Luis.
8.—*Vía-Crucis,* de Carmen Guasch.
9.—*Biografía de Roberto G.,* de A. Fernández Molina.
10.—*El árbol herido,* de Tomás Preciado.
11.—*Camino adelante,* de Manuel Molina.
12.—*Víspera de la vida,* de Angela Figuera Aymerich.
13.—*Para el viento,* de Eduardo Alonso.
14.—*Ciento volando,* de A. Gastón y Gabriel Celaya.
15.—*Corral de muertos,* de Julio Mariscal.
16.—*Cuaderno de las últimas nostalgias,* de R. Montesinos.
17.—*Del aire,* de Lauro Olmo.
18.—*Vitral de fábula,* de Jean Aristeguieta.
19.—*Digo rosa, sueño, canto...,* de Horacio G. de la Cámara.
20.—*Puente de todos,* de Felipe García Ibáñez.

PROXIMA PUBLICACION DE NUEVOS NUMEROS

CUADERNOS DE ÁGORA

Precios de suscripción: **Un año, España, 75 pesetas.**

Europa, 1 £. América, 3 dollars.
Número suelto: 18 ptas.
" atrasado: 25 ptas.

Se publica cada dos meses.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

LIBROS Y FOLLETOS:

PROFILS POETIQUES, 27 poetes de langue espagnole, *Henri de Lescoët*. Nice, 1962.
LAS SOMBRAS EN LA POESÍA DE PEDRO SALINAS, *Carlos Murciano*. Santander, 1962.
TUDO É POSSIVEL, *Leonardo Rosa Hita*. Lisboa.
DEFLAGRAÇAO, *Elmer Szabó*. Lisboa.
A GOLPES DE PALAVRAS, *Jesús Arellano*. Lisboa.
A NOVA POESÍA ESPANHOLA, *Jiménez Martos*. (Separata de la Revista *Rumo.)*
SARMIENTO Y EL PERIODISMO, profesor *Alberto F. Leys*. La Plata.
A ORILLAS DEL GRAN SILENCIO, *Santiago Montes*. S. I. Burgos.
CANCIÓN DE LA AUSENCIA IRREMEDIABLE, *Antonio G. Copado*. Madrid.
TRES GOLPES A ANIMADAB, *Alfonso Canales*. C. Hispano Americanos.
EN UN VASTO DOMINIO, *Vicente Aleixandre*. Revista de Occidente. Madrid.
PROFECÍA DE LA GUERRA, *Nicolás del Hierro*. Bilbao.
AGUARDADA AURORA, *Juan Cervera Sanchíz*. Manacor. (Palma de Mallorca.)
UMBRAL DE SUEÑO, *J. Rubia Barcia*. Los Ángeles. (California).
TIERRA SECRETA, *M.ª Eugenia Rincón*. Valencia, 1962.

REVISTAS:

PUNTA EUROPA, núm. 101. PAPELES DE SON ARMADANS, octubre 1962. Palma de Mallorca. NUESTRO TIEMPO, núm. 100. Pamplona. VÉRTICE, números 226-27. Coimbra. CARACOLA, núm. 120. Málaga. PALABRA, septiembre-octubre 1962. Valladolid. POEMAS, núm. 3. Zaragoza. LITERATUR REVUE, sept.-oct. 1962. PIEDRALAVES, núms. 22-23. REVISTA DE LA I. T., noviembre 1962. Madrid. NOTICIAS UNIVERSITARIAS, junio-julio 1962. La Plata. LÍRICA HISPÁNICA, 230, 231, 232, 233. Caracas. BOLETÍN DE LA ACADEMIA PORTUGUESA DE EX-LIBRIS, núm. 22. Lisboa. ÍNDICE CULTURAL ESPAÑOL, 202 y 203. Madrid. VANGUARDIA, núm. 4. Nueva York. ROCAMADOR, núm. 26. Palencia. POESÍA ESPAÑOLA, núm. 118. Madrid. ÍNDICE, 166. Madrid. ÍNDICE LITERARIO DEL UNIVERSAL, sept.-oct. 1962. Caracas. HUMANIDADES, mayo-agosto 1962. Comillas (Santander). LA GACETA, del Fonde de Cultura Económica. México, núms. 97 y 98. ÍNSULA, núm. 192. Madrid. ALMENA, octubre 1962. Teologado Claretiano, Salamanca.


ÁGORA